

EUGENIA TUSQUETS

Ladrones de vidas



Ladrones de vidas

COLECCIÓN
LITERADURA

Eugenia Tusquets

Ladrones de vidas

Prólogo de Soledad Luque Delgado,
presidenta de la asociación
«Todos los niños robados son también mis niños»



Primera edición: octubre de 2018

© Eugenia Tusquets, 2018

© del prólogo: Soledad Luque Delgado, 2018

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2018
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-949115-3-8

Dep. Legal: M-31864-2018

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: © composición realizada por Eugenia Tusquets, 2018

Impresión y producción gráfica: Gohegraf

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

BEBÉS ROBADOS, MUJERES SILENCIADAS

(prólogo)

ESTA NOVELA NO TRATA exclusivamente de los bebés robados, pero sí centra su historia en ese crimen, uno de los más horrendos que produjo la dictadura franquista, y que la democracia no erradicó. Hablar de bebés robados es adentrarse en uno de los episodios más espeluznantes de nuestra historia reciente, por su extensión en el tiempo, porque se produjo en todos los rincones del Estado, y porque afectó a miles de personas de la manera más cruel imaginada.

De todos es sabido que esta tragedia comenzó hace mucho con el robo de los hijos de las mujeres republicanas bajo la represión política de la dictadura. Sin embargo, el móvil político no es el único detrás de los crímenes de un Estado dictatorial. El móvil político, el ideológico, el económico, el que se esgrime en nombre de la moral, de la religión, de las buenas costumbres, todos ellos forman parte de la misma ignominia. Sin olvidar la terrible represión de género que anula los más básicos derechos de las mujeres y

que marca de forma trágica este crimen. Y esto continuó hasta bien entrada la democracia, cuando parece que el móvil económico fue el más decisivo.

Han sido pues décadas de crimen continuado. Mucho tiempo y muchas víctimas. Hay diferentes etapas, diferentes móviles, diferentes formas de actuar por parte de los perpetradores y un amplio sector de la población como objetivo para el delito: mujeres republicanas en una primera época, pero en etapas posteriores los bebés que desaparecieron de los centros hospitalarios eran fundamentalmente hijas e hijos de mujeres madres de familia numerosa, humildes o muy pobres, también de madres solteras, casi todas ellas con importantes carencias culturales y educativas.

En los últimos años de la dictadura encontramos también casos de mujeres jóvenes que eran consideradas «descarriadas», así como mujeres separadas o parejas jóvenes primerizas. No debemos olvidar, en este extenso espectro social, que las mujeres eran engañadas, la mayoría de las veces, al decirles que su bebé había fallecido. Sin embargo, muchas de ellas, especialmente las jóvenes sin ningún tipo de apoyo en una sociedad patriarcal, conservadora y recalcitrante, también eran víctimas de la más espantosa coacción para que entregaran, de manera absolutamente forzada, a su hija o hijo en adopción. Esta última situación es la que vive Olga en la novela, la madre en busca de su bebé robado.

Ladrones de vidas no solo cuenta la historia de Olga. Su autora es muy consciente de que el robo de niños es un drama con dos caras: la búsqueda de la madre del bebé que le robaron; y la imperiosa necesidad de encontrar los orígenes biológicos por parte de la persona a quien le robaron su identidad. Eugenia Tusquets no solo plasma admirablemente esta dualidad, sino que la sensibilidad hacia la situación impregna cada renglón de su obra.

No olvidemos que los niños y niñas que fueron robados en cárceles, hospitales, clínicas, en cualquier centro estatal o privado donde las mujeres dieran a luz, o bajo coacción a sus madres, continúan hoy desaparecidos, continúan hoy despojados de su identidad, de su derecho a saber quiénes son. Son muy pocos los que han conseguido encontrar sus orígenes. Lo más terrible es que en 2018, después de 40 años de dictadura y de más de 40 años de democracia, la impunidad continúa porque estos delitos, que son un crimen contra la humanidad, siguen sin resolverse en España. Se necesitará mucha más voluntad política y acción judicial para conseguirlo.

Las víctimas seguimos esperando.

SOLEDAD LUQUE DELGADO

Soledad Luque Delgado es presidenta de la asociación Todos los niños robados son también mis niños; investigadora del Instituto de Estudios de Género de la Universidad Carlos III de Madrid, profesora de Fonética y Lingüística en diferentes universidades: Fundación Ortega-Marañón; Universidad Carlos III de Madrid; Universidad de Middlebury; Universidad de Duke.

Ladrones de vidas

BENICIO
MADRID, 1978

RECORRÍA A PASO LENTO el imprevisible batiburrillo de calles y callejas que conforman la topografía del viejo Madrid, los charcos del asfalto me humedecían los zapatos y, por ende, los pies. Amuermado, con la voz del locutor que acababa de anunciar la sentencia a los procesados por la matanza de Atocha resonándome aún en la mente, y la necesidad de recuperar ese chisporroteo en el cerebro, el que le permite a uno iniciar el día con un mínimo de dignidad.

Un alud de contradicciones me sobrevinía e iba tiñendo todo aquello que me rodeaba de una sensación de congoja. Hasta la claridad marchita de la mañana, después de una noche lluviosa y desapacible, se había contagiado de ese pesimismo que contorneaba vagamente los elementos urbanos. Nos habíamos librado de la dictadura unos años atrás, pero yo sentía en todo el cuerpo la pesadumbre de una situación política y social que al parecer no tenía arreglo. Tras la primera fase eufórica de la Transición, ¿se estaba

imponiendo la temida realidad de que no iba a ser tan fácil cambiar aquella España letárgica que habíamos soportado con estoicismo durante tanto tiempo? Esta simple duda contaminaba mis tradicionales meditaciones callejeras, casi siempre tendenciosas aunque no necesariamente negativas, en ocasiones incluso inclinadas a la fábula y la utopía a raíz de todo lo que significó la esperanzadora muerte de Franco.

Aunque aquella mañana estaba claro: tocaba desaliento. Y no solazaba mi ánimo, ni me lo aquietaba, observar el casi siempre reconfortante despertar ciudadano de las consabidas tiendas del barrio que empezaban a abrir sus puertas —el bar, la tienda de comestibles, la de molduras y marcos, la panadería, otro bar, la bodega—. Preferí mantener la cabeza gacha mientras caminaba. Las alfombras de hojarasca, mezcladas con el variopinto panorama de despojos ignorados por los servicios de limpieza del ayuntamiento, representaban una forma más de la mutación que se percibía en el ambiente a esa hora con solo echar un vistazo a la calzada o a la acera. Era, de todos modos, algo más agradable que levantar la mirada y pasar revista a las bombonas de butano y las macetas con begonias y geranios en fase terminal abarrotando los balcones de los viejos edificios, demasiado grises, demasiado decrepitos. Y el cielo, un elemento lejano y sin arrogancia, apenas intuido sobre los aleros. Aunque en principio nada parecía puesto ahí para conmover al paseante en un sentido u otro, por algún motivo contribuía a aumentarme la sensación de desasosiego y soledad. Cierto que era una soledad tan joven como yo mismo, una soledad escogida, y como tal casi acogedora, casi tierna, digna del lugar que debiera de haber ocupado, por ejemplo, un buen amigo.

Entré en el estanco y compré cigarrillos. Encendí uno y seguí caminando. Iba a pasar por el banco; el jefe me había encargado

que ingresara unos cheques. Bueno... bien estaba tener una excusa para llegar sin prisas. Hacía tan solo medio año que trabajaba en ese despacho, Juárez Detectives. Mi primer empleo como investigador. El día que empecé, reprimí el impulso de presentarme en gabardina y sombrero, a lo Bogart. Tras sopesar pros y contras decidí ser fiel a mi habitual *look* —chaqueta, pero sin corbata—, demasiado atildado para mi edad según criterio de Nina, la mano derecha del jefe; sobrio y elegante según mi propio criterio.

De cuando en cuando, me invadía la necesidad de analizar el panorama de lo que iba siendo mi existencia. O me agitaba, o directamente sufría, o me interrogaba sobre la validez y la legitimidad de mi trayectoria vital, la que había recorrido hasta el momento; odiaba la falsa lucidez que se supone debía poseer a mi edad. Y odiaba lidiar con ese sentimiento del absurdo que me acompañaba.

No sé qué hubiera sido de mí sin la música.

Mis dos vocaciones habían nacido al unísono durante los años escolares que pasé en los jesuitas de Valencia —la ciudad que me vio nacer y en la cual crecí— a raíz del examen de Historia, a mediados del primer curso de bachillerato. Mi chuleta para el examen, minuciosamente preparada en un rollito de papel, había desaparecido del compartimento pertinente de mi cartera (entonces no llevábamos mochila) minutos antes de entrar en el aula. Yo recordaba haberla escondido ahí la víspera, cuando me puse a presumir de su precisión y depurada síntesis ante cuatro compañeros de clase durante el recreo. Suspendí el examen, como era de esperar, y los cuatro compañeros aprobaron con distintas notas. Cuando nos lo comunicaron, tras superar una profunda depresión que me duró tres cuartos de hora, decidí actuar de detective para averiguar la identidad del delincuente que me había sustraído de la cartera el rollito de papel. No iba a preguntarles abiertamente a ninguno

de los cuatro compañeros; no era tan cándido como para hacer semejante estupidez. Rastrearía las actividades y los movimientos de cada uno de ellos durante las horas previas a la desaparición de la chuleta, a través de conversaciones —que parecieran banales y cotidianas— siempre con los otros tres, nunca con el interesado.

Debo decir que el plan dio resultado, aunque un poco tarde para poder escarmentar al culpable, porque cuando descubrí quién era había transcurrido una semana y ya ni me acordaba de que tenía que partírle la cara. Creo que para entonces estaba claro que cualquier forma de venganza o solución violenta, cuando se trata de salvaguardar el orden establecido, debe relegarse al ámbito de las fantasías compensatorias. Que a mí lo que me iba era olvidarme del asunto y seguir adelante con mi vida. Porque, además, en este caso, el delincuente había sido Emilio, quien hasta el momento ocupaba el puesto de amigo íntimo. De los otros tres sospechosos pude ir comprobando la veracidad de sus respectivas coartadas, paso a paso, durante las horas que siguieron al recreo y precedieron al examen, ligando las informaciones proporcionadas por ellos mismos y corroboradas por otros alumnos. Emilio, sin embargo, había desaparecido diez minutos el día de autos. Unos inciertos diez minutos que él justificó anunciando que iba al lavabo; lábil justificación, puesto que tan solo un cuarto de hora más tarde, cuando guardábamos fila para entrar en clase, confesó a otro compañero no haber tenido tiempo de ir a mear y estarse aguantando a duras penas.

En definitiva, una experiencia con su parte provechosa porque me despertó la vocación, aunque a la vez constituyera un triste y duro descubrimiento para mí, que hasta el momento había creído ciegamente en la amistad. El odio, de todos modos, lo tenía yo dirigido desde el principio al propio maestro de Historia, un hom-

bre de edad proveya, feo, que parecía profesar el mismo culto a la agresividad que todos aquellos vándalos, suevos y alanos cuyas batallas nos relataba a la menor oportunidad sin poder ocultar la admiración que le suscitaban. Con sus hoscas maneras y su ruindad, se esforzaba en instruirnos en el arte de la síntesis (eso fue lo único positivo que extraje de sus enseñanzas y lo que había utilizado con pericia en mi chuleta) al tiempo que nos adoctrinaba sin tapujos sobre la ineficacia de las actitudes humanitarias en las relaciones políticas y sociales. Ahí me rebelé —solo mentalmente— y no descarto que ello constituyera la simiente de mi segunda vocación: la de artista, músico en mi caso, y por qué no decirlo, también de humanista.

Cierto que lo de mi devoción por el jazz nació algo más tarde, durante la adolescencia, y lo viví durante años como algo genuino y muy personal; no hubiera admitido entonces que se trataba de una herencia pura y dura de mis padres, fanáticos melómanos, con especial lealtad a Mozart. De hecho, comenzó el día que, buscando entre las pilas de discos de segunda mano que me compraba en un anticuario, encontré uno de Erroll Louis Garner, para mí un perfecto desconocido. Mi apellido materno es Gardner con «d». Me hizo gracia la coincidencia y lo compré. A los dos minutos de escucharlo, mi incipiente simpatía por el jazz se transformó en pasión, gracias a él y a su piano. Y, junto con la pasión, el anhelo de emularlo. Así pues, no dirigí mis miras a Mozart, pero con el tiempo tuve que reconocer que seguramente fue él quien plantó la semilla que acabaría convirtiéndose en delirio por el jazz. En cuanto a lo de humanista, digamos que es como quisiera verme a mí mismo. Si lo estoy o no logrando es uno de estos enigmas que me temo quedará en la lista de asuntos no resueltos junto con algunos —por suerte pocos— casos profesionales acumulados a lo largo de los años.

Al contrario de mi hermana Penélope, al acabar el bachillerato tuve grandes dudas sobre cuál era el camino universitario que me estaba destinado. Penélope lo tenía claro, siempre mostró especial afición por las humanidades y la conclusión fue que, dentro de ellas, la que colmaba sus aspiraciones era la carrera de Filosofía y Letras. Se matriculó en la Universidad de Valencia mientras yo me daba largas a mí mismo, inmerso en un mar de dudas metafísicas sobre mi futuro profesional.

—Me gustaría tener las cosas tan claras como tú, cabrona —le dije el día que volvió a casa tras matricularse en la facultad.

Estábamos en la cocina de casa, frente a sendas cervezas. Nuestros padres, de viaje; cuando no estaban físicamente ausentes como aquel día, lo estaban de espíritu. Penélope era mi confidente, mi amiga, mi familia. Estábamos muy unidos.

—¿Pero tú no sabes todavía lo que quieres hacer con tu vida?

—Pues no.

—Si no lo tienes claro, apúntate conmigo a Humanidades, joder, apúntate a lo que sea, a la especialidad que quieras, la que más te atraiga. Es aprender por el placer de aprender. Y si luego te das cuenta de que quieres otra cosa, pues te cambias de facultad. De todos modos, no habrás perdido el tiempo porque la cultura es la cultura y te va a servir siempre.

—Pero la cultura no te da de comer.

—¿Y qué? ¡Es que no tienes que pensar en qué es lo que te va a dar dinero! A lo mejor luego te lo ganas vendiendo coches de segunda mano...

—¡Ni hablar!

—No lo sabes. Nunca se sabe. Pero si has estudiado estarás más preparado, tendrás más recursos, habrás leído un montón...

—¡Ya leo! Siempre he leído... Tú lo sabes... Y te vas a reír, pero a mí lo que me gustaría es ser detective privado.

—¡Hala!

—Pues sí.

—Pero eso no se estudia, ¿verdad? Que yo sepa...

—No... ya me he enterado. No hay estudios porque hasta ahora había que ser de la Falange para que te dieran la licencia. Supongo que cambiará el tema pero no sé cuándo...

—¿Te daban la licencia sin estudios? ¿Solo por ser de la Falange? No me lo puedo creer.

—Pues sí. Parece mentira, pero es así. De todos modos y tal como dicen, se va a regularizar y van a hacer unos estudios especializados o unas oposiciones... No sé exactamente. Lo más probable es que de momento solo se pueda estudiar en Madrid, porque no deja de ser un tipo de estudio muy minoritario, y hasta que pongan una escuela aquí en Valencia, no te digo...

—Bueno, pues apúntate aquí en Derecho, que es lo más parecido, y cuando se abra una escuela de detectives en Madrid, te trasladas. Supongo que va a tener asignaturas comunes con Derecho que te homologarían, temas de leyes y tal...

—Sí, ya lo he pensado. Pero, si no es así..., a mí lo de ser abogado no es que me atraiga mucho. Y, si empiezo Derecho, quizá debería hacerlo instalado en Madrid... No sé...

—Si te vas, me va a dar pena, porque nos veremos menos, pero si es lo que tú quieres... No te olvides de que tendrás que buscarte la vida, porque no creo que los papás te financien estudios y vivienda. ¡Anda, quédate! Apúntate aquí en Valencia, hazme caso, cursa el primer año y después, si no lo ves claro, te largas. ¡Apúntate ya!

Lo hice. Le hice caso. Me matriculé en la facultad de Derecho e hice el primer curso en Valencia. Después me trasladé a Madrid.

Se hablaba de que se inauguraría pronto una escuela de investigación privada allí, y decidí que lo mejor sería continuar de momento la carrera de Derecho, pero hacerlo en la capital. Y me fui a vivir a una residencia universitaria. Trabajaba unas horas semanales en el Michigan, un restaurante de los alrededores a la zona de las facultades. Necesitaba dinero para subsistir y para pagarme los libros que no lograba robar de bibliotecas o librerías. Leía con voracidad todo lo que me pusieran por delante. Durante los años de facultad se me fue entibiando la ya precaria vocación hacia la abogacía, al tiempo que se reafirmaban mis preferencias por la investigación privada. Acabé de todos modos la carrera porque se rumoreaba que no iban a tardar en convocarse oposiciones a las cuales podría acceder cualquiera. Por aquel entonces aún primaba el requisito de pertenecer al Movimiento Nacional para poder obtener la licencia de investigador privado. Me tocó, pues, esperar que se afanzara el cambio, porque no estaba entre mis planes afiliarme precisamente a la Falange. Cuando llegó el momento, se me hizo fácil aprender el temario del examen pertinente (bastante más sencillo que algunas de las asignaturas de la carrera) y pasé las oposiciones. Lo que no resultó tan sencillo fue encontrar mi primer empleo. Me quedé trabajando a tiempo completo en el restaurante. Y la necesidad de permanecer en la residencia universitaria, puesto que no podía pagarme una pensión o un apartamento con el sueldo mísero que cobraba, me forzó a alterar —por no decir falsificar— cierta documentación de cara a la burocracia universitaria que solo permitía la estancia en la residencia a quien estuviera aún en la facultad. Una vez más, como en aquella primera ocasión en los jesuitas cuando iba tras las huellas del compañero de clase que se había apropiado de mi chuleta, eché mano de mi creatividad detectivesca, aunque en esa ocasión fuera para ponerme en la piel del delincuente.

Tuve que hacer ciertos esfuerzos para integrarme en la sociedad madrileña. Mis aspiraciones eran las de acceder a grupos de nivel intelectual algo superior al de los sempiternos borrachos, congéneres de facultad, con quienes me seguía viendo de vez en cuando. Claro que, si se cumplían las pertinentes premisas de que tanto ellos como yo triunfáramos en nuestros respectivos campos, unos cuantos amigos juristas podrían constituirse en mis primeros clientes. Sueños. Proyectos de futuro. Más sueños. Por lo pronto, sirviendo mesas en la cafetería otros dos años durante los cuales, no viéndome en un futuro cercano trabajando de detective, centré mis aspiraciones en introducirme en alguno de esos sectores ilustrados de la sociedad madrileña.

Me di cuenta de que deseaba compartir con otros mis aficiones a la lectura y, sobre todo, al jazz; por entonces ya me había iniciado en las prácticas de piano. Empecé, por afición espontánea, a introducirme en el mundillo de artistas e intelectuales. En Madrid, y durante aquella época, era fácil. Solo frecuentando los bares adecuados me encontraba invariablemente con alguien, que conocía a otro alguien, que a su vez organizaba alguna tertulia o cena. Luego, el plan era mantenerse en el candelero, seguir en contacto con la efervescencia cultural de la ciudad.

En mis viajes mentales conmemorativos —esas miradas atrás con las cuales intento justificar algunos de mis comportamientos— pocos son los recuerdos que guardo de aquellas salidas nocturnas cuya alevosa finalidad era hacerme un hueco en la intelligentsia local. Recuerdo tan solo unas pocas anécdotas, un tanto histriónicas por cierto, como la del primer cenáculo cultural al cual asistí.

—Fui un niño bastante solitario... y chocante —le relataba yo a una escritora sexagenaria, la anfitriona de la tertulias, sentados

ambos en el sofá de su salón, frente a unas bandejitas con quesos y chorizo.

—¡Ah!

—Sí, un niño especial, por no decir raro..., muy raro, más raro que un perro verde, vaya.

—A veces estas son las características del típico niño con talento, del niño prodigio...

—Yo no diría tanto en mi caso. Algún profesor del colegio habló en una ocasión con mis padres de mi capacidad intelectual, pero luego añadía que no la llevaba bien, que no la llevaba por el camino correcto.

—Sería para sus baremos; hay mucho profesor mediocre. Mucho profesor que lo que quiere es el niño estándar, porque es quien le va a dar menos problemas.

Sin duda, la pobre señora había intuido mi desazón inicial e intentaba, compasiva, que me integrara en el ambiente de la reunión lo antes posible. Le conté a continuación —para arrepentirme casi en el acto— que a los doce años ya había leído las obras completas de Giovanni Papini, signo inequívoco de una infancia traumatizada. Luego, continuando con la táctica de enlazar despropósitos, le expliqué cuán desapegados y poco amorosos fueron mis padres conmigo y con mi hermana Penélope: mi padre, un ingeniero irremisiblemente enamorado de su trabajo y de su mujer, pero desinteresado en todo lo demás incluidos sus hijos; y mi madre, inglesa, melómana y alocada. Ciertamente que, aunque no destacaran por su dedicación y espíritu de sacrificio como progenitores, sí observaron en todo momento un comportamiento modélico como matrimonio. Y cierto también que a ella en particular tengo que agradecerle que tanto mi hermana como yo creyéramos en un entorno cultural y artístico.

La imagen que de nuestra infancia me ha quedado, cuando someto mi memoria a esfuerzos de visualizar episodios, es la de Penélope y yo preparándonos la cena con lo que pillábamos en la nevera, y ellos dos, whisky *on the rocks* en mano, medio borrachos y profundamente satisfechos el uno con el otro, departiendo en el salón, con *Las bodas de Fígaro* a todo volumen como música de fondo. Al contrario de la gran mayoría de personas, guardo escasísimos recuerdos de vivencias con mis padres durante mi infancia, tal vez porque no hubo demasiadas. Viajaban mucho juntos, y a nosotros nos dejaban al cuidado de mis abuelos y de una criada gallega. Tanto Penélope como yo gozamos de una emancipación demasiado prematura, una independencia emocional bastante antes de lo que toca.

Al igual que otras necedades que solté en aquella velada frente a mi sufrida anfitriona, esas confesiones, si bien veraces, sonaron a salidas de tono. Continué luego con la historia de mi situación familiar de aquellos momentos: mis padres envejecían tranquilos en Valencia con la carátula áspera y mustia de los años adherida a sus rostros, pero con una salud de hierro —nunca pagaron el oportuno tributo a sus cotidianas cogorza—. Penélope se casó muy joven con un compañero de la facultad y tenía dos hijas. A ella la veía más a menudo que a mis padres porque, aunque continuaba viviendo también en Valencia, visitaba Madrid con frecuencia por su trabajo de comercial en una empresa de productos farmacéuticos. Todo esto le relaté esa noche a mi anfitriona. En pocos minutos y con descaro y cierta petulancia, había desvelado frente a perfectos extraños un montón de intimidades familiares que no tenían por qué ser balconeadas.

—Así pues, ¿te criaste en Valencia? —preguntó mi anfitriona interrumpiéndome, seguramente para frenar mi verborrea y ayudarme a descender a un nivel más racional de conversación.

—Sí, en Valencia capital. De hecho, pasé, o mejor dicho, sufrí, toda mi época escolar en los jesuitas.

—Hombre..., los jesuitas tenían sus métodos y quizá entonces eran rigurosos para los estándares actuales... pero los alumnos salían con niveles intelectuales altos. Es un buen colegio.

—No sabría decir cómo salí yo, para ser sincero. Recuerdo, eso sí, que también a los doce años escribí mi primera novela de detectives para un concurso de narrativa que teníamos a mitad de curso.

—¡Qué interesante! ¿Una novela negra?

—Sí, sí.

—Un poco Agatha Christie, imagino...

—Mmm..., no exactamente. Mi protagonista era una enana de circo que se dedicaba a la prostitución, para después envenenar a todo el que captaba como cliente, tanto dentro como fuera del circo. No conocía otra manera de acceder al orgasmo. ¡Ah! Y una vez asesinados les cortaba los genitales, que luego guardaba en botellas con formol.

¿Fue mi tremenda inseguridad y la creciente sensación de torpeza la que me llevó a contar esa sandez? ¿La necesidad de epatar para sobresalir de alguna manera en aquella reunión que me venía grande? ¿De mencionar algún episodio propio, relacionado con la escritura, rodeado como estaba en aquel momento de autores literarios? Porque, ciertamente, ese había sido el argumento de un relato corto que escribí a los dieciséis años y rompí a los diecisiete sin que hubiera visto la luz; a los doce no se me habría ocurrido desarrollar semejante tema y mucho menos presentarlo como tarea escolar. Me sentí gilipollas, muy gilipollas. Y me entristecí. Había dejado aflorar mis tendencias más exhibicionistas, en lugar de intentar convencer a la pobre señora de mis presuntas virtudes

creativas por un camino algo más inteligente. Dos de los asistentes a la reunión, los más cercanos al sofá que ella y yo compartíamos, me oyeron. Tuve que soportar el escarnio de sus turbias sonrisas de desdén y —más triste aún— de júbilo.

Mi interlocutora estuvo unos instantes luchando por no manifestar su desasosiego. Tenía el ceño algo fruncido y las neuronas trabajando a destajo para darme una respuesta airosa. Estoy delante del típico imbécil que solo persigue hacerse notar, pero a mí no me achanta nadie, debía de estar pensando. Sin desfruncir el ceño y con todo el disimulo que fue capaz de reunir, se limitó a decir, de nuevo:

—¡Ajá!

No tenía, al parecer, ninguna intención de continuar la charla.

Cogí un pinchito de chorizo y seguí con cara de póker y la misma imperturbabilidad con la que había iniciado la charla. Creo que ella sacó la conclusión de que sí..., de que yo era el típico imbécil.

Después de aquel triste episodio de mi iniciación en el mundo intelectual de la ciudad, y espoleado por la firme determinación de no volver a sufrir escarnios, aprendí de quienes triunfaban en aquellos encuentros y cambié de táctica. Decidí que era mejor pasar por un bisoño aprendiz de músico y ser por ello respetado como tal, antes que por un pseudo-intelectual y verme denostado por los que lo eran de verdad.

Mis pensamientos y yo llegamos frente al portal del edificio donde trabajaba, tiré el cigarrillo a la acera, subí los escalones de dos en dos hasta la puerta del despacho y entré. Mis dos compañeras, demasiado enfrascadas en sus respectivas tareas, ni me miraron. Saludé